

Más lento que el aumento del número de los empleados, pero siempre más rápido que el de la población (14,5 por 100) era el aumento del número de los funcionarios al servicio del Estado, de los Ayuntamientos, de la Iglesia y de los que ejercían profesiones liberales. Su número pasaba de 579.322 á 794.983, ó sea un aumento de 37,2 por 100.

Estos elementos crecen rápidamente. Pero cometeríamos un gran error si quisiéramos clasificarlos entre los poseedores. La nueva clase media se basa en otros fundamentos que la antigua, que formaba el más firme baluarte de la propiedad individual de los medios de producción, porque era la misma base de su existencia.

La nueva clase media tiene muy diferentes elementos. Para ella la propiedad individual de los medios de producción, sólo tiene muy pequeña importancia. Allí donde la nueva clase media está representada por gentes que trabajan por su cuenta, pintores, médicos, escritores, sólo tienen un valor mínimo los medios de producción. Por el contrario, donde los medios de producción funcionan como capital, los intelectuales no son propietarios de los medios de producción, sino asalariados.

Por otra parte, sería también inexacto el considerar á la nueva clase media como una fracción del proletariado.

Ha salido de la burguesía, está ligada á ella por toda clase de afinidades y de vínculos sociales, tiene su mismo género de vida. Y aún hay una serie de profesiones ejercidas por intelectuales que están ligadas á la burguesía por lazos más íntimos, los que hacen superfluos al capitalista despojándole de las funciones de directores y de empleados subalternos de sus explotaciones. Pero al mismo tiem-

po que desempeñan las funciones de los capitalistas, adoptan también sus ideas, su antagonismo contra el proletariado. En otra serie de profesiones ejercidas por intelectuales, depende el ejercicio de estas profesiones de ciertas convicciones religiosas y políticas. Así ocurre con los periodistas políticos, con ciertos magistrados, como los procuradores, los policías, los miembros del clero, etc. El Estado, la Iglesia, los editores de los periódicos capitalistas no entregan aquellas funciones más que á personas de las mismas convicciones que los que les emplean ó á los que están dispuestos á defender á cambio de un sueldo convicciones que no son las suyas. De aquí nace también entre numerosos intelectuales un antagonismo contra el proletariado.

Pero el mayor obstáculo que separa á los intelectuales del proletariado es que los primeros forman una clase privilegiada: su privilegio es la *educación*. Sin duda tienen mucho interés en que la cultura de la masa del pueblo sea suficiente para que se penetre de la importancia de la ciencia y se incline ante ella y ante sus representantes; pero su interés les recomienda también que se opongan á todos los esfuerzos que tiendan á aumentar el número de los que disfrutan de una buena educación profesional. Sin duda la forma de producción capitalista necesita un gran número de intelectuales. Las instituciones escolares del Estado feudal no producen en número suficiente. El régimen burgués se ve, pues, obligado á mejorar y extender no tan sólo la enseñanza elemental, sino también la enseñanza superior. Con esto se creía que además de favorecer el desarrollo de la producción, se atenuaban más todavía los antagonismos de clase, porque si una mayor cultura elevaba á una situa-

ción burguesa, parecía natural que la vulgarización de la instrucción elevase al proletariado á las condiciones de la vida burguesa. Pero el «Standard of life» burgués no es sino la consecuencia necesaria de una alta cultura allí donde ésta es un privilegio. Donde en general no eleva á los proletarios al rango de burgueses, lo que hace es que rebaja á los trabajadores intelectuales al nivel de los proletarios. He aquí una nueva faz del «crecimiento de la miseria» de la masa del pueblo. En los países donde los establecimientos de enseñanza popular están bastante desarrollados, para despojar á las gentes instruidas de su situación privilegiada, empieza á producirse cierta hostilidad entre los intelectuales contra la vulgarización de la instrucción. Esta hostilidad está en contradicción con las necesidades de la producción moderna. Estos intelectuales son más hostiles al progreso que los mismos capitalistas, y simpatizan con los más reaccionarios, con los partidarios del sable y del hisopo. Son la crema de la ciencia moderna, los profesores y los estudiantes de las Universidades los que más tenazmente se oponen á la educación de las mujeres, los que quisieran ver á los judíos excluidos de todos los concursos, los que tratan de encarecer todo lo posible los estudios superiores, á fin de apartar de ellos á los que carecen de fortuna.

Entonces tropiezan con la enérgica hostilidad del proletariado, que combate con vigor el privilegio de la instrucción como todos los privilegios.

A pesar de todos los obstáculos, se extiende la educación popular, y una después de otra, las fracciones de la clase intelectual se confunden con el proletariado. No hay más que fijarse en la masa de comerciantes, de músicos, de escultores, y dibu-

jantes, de mecánicos y químicos que todos los años produce en nuestras Escuelas de Comercio, nuestros Conservatorios, nuestras Escuelas de Bellas Artes, nuestras Escuelas Industriales. Y la concentración de los capitales ejerce también gran influencia en el dominio del comercio, del arte, de las ciencias aplicadas. El capital necesario para fundar en estos dominios una empresa capaz de sostener en esta concurrencia, aumenta siempre. Cuanto más aumenta el número de obreros instruidos, más disminuyen las probabilidades de que puedan establecerse por su cuenta; están condenados al salario perpetuo en proporciones siempre crecientes. Al mismo tiempo, como consecuencia del aumento rápido del número de trabajadores instruidos, llega para cada una de las capas de intelectuales la necesidad de pensar en renovar las situaciones ventajosas, organizándose en castas cerradas y limitando artificialmente el número de los concurrentes. Aquí también se observa el fenómeno del «crecimiento de la miseria social» y se experimenta mayor amargura cuando se compara su creciente miseria con la felicidad creciente de la burguesía. Para el trabajador intelectual es una cuestión de vida ó muerte el salvar al menos las apariencias. En el obrero manual se reconoce desde luego la miseria física en la humildad de las habitaciones, luego en los vestidos y por último en los alimentos. Los trabajadores intelectuales, por el contrario, lo primero que disminuyen son los alimentos.

Pero cualesquiera que sean los esfuerzos que hagan para salvar las apariencias, llega para cada una de estas fracciones «proletarizadas» de la clase intelectual el momento en que se sentirá proletaria, se interesará en la lucha del proletariado y to-

mará en ella una parte activa. Esto es lo que ha ocurrido en Alemania con los empleados del comercio, los escultores y los músicos, á los que imitarán otros muchos.

Cuando los economistas liberales sostienen que por el rápido aumento del número de intelectuales se crea una nueva clase media en el régimen capitalista, olvidan que cuanto más aumente el número de los intelectuales, más progresos hace el proletariado en esta nueva clase.

Pero entre los intelectuales abiertamente hostiles al proletariado y sostenedores del capitalismo, y los intelectuales que se reconocen francamente proletarios, hay un numeroso grupo ni proletario ni capitalista, que se cree por encima de estos antagonismos de clase.

Esta capa media de la nueva clase intelectual tiene de común con la antigua pequeña burguesía lo equivoco de su situación social. Con relación al proletariado es tan poco duradera y tan poco estable como lo era la humilde burguesía. Si hoy se indigna ante la avaricia del capital, mañana se indignará ante las malas formas del proletariado. Hoy incita al proletariado á la defensa de su dignidad, y mañana le combatirá para defender el orden social.

Dos caracteres la distinguen de la antigua burguesía, uno favorable y otro desfavorable. Desde luego se diferencia de ella por su vasto horizonte intelectual y su facultad de abstracción. Es la capa de población que más fácilmente se eleva por encima de las ideas estrechas de clase y de oficio y de los transitorios intereses particulares, para considerar los duraderos intereses de la sociedad entera y tomar su defensa.

Pero por otra parte se diferencia de la antigua pequeña burguesía por la falta acometividad. La pequeña burguesía, antes de que la hubiese arruinado el capital, era una clase excesivamente combatiente; por el contrario, los intelectuales que se hallan entre el proletariado y el capitalismo, están desprovistos de todos los medios para sostener un combate prolongado con las clases dominantes. Poco numerosos, sin intereses comunes y por consiguiente sin homogeneidad, sin gran fortuna, pero con las mismas necesidades que los capitalistas, no pueden luchar si no se alían con otras clases que cuenten con fuerzas propias para suministrarles los medios de luchar y de vivir.

La capa media de la clase intelectual, la «aristocracia intelectual», podía estar en la oposición, cuando la burguesía hacía oposición; pero pierde su acometividad en cuanto la burguesía se retira de la lucha política; se hace prudente y tímida, y declara que todos los medios son inmorales, excepto el empleo de la persuasión, para ganar la benevolencia de los que detestan el poder.

Se hace cobarde y bizantina.

Detesta la lucha de clases, pide que cese, ó por lo menos que se dulcifique. Para ella, la lucha de clases es la sublevación, la rebelión, la revolución; las reformas sociales deben hacerla innecesaria.

Yo no trataba de mortificar lo más mínimo á Bernstein, que preparaba su evolución, cuando decía: «que no existen entre los que no están directamente interesados en la explotación capital, ni un solo hombre culto, honrado y que piense con libertad, que no afirme que debe hacerse «algo» en favor del obrero. Ese «algo» puede, en verdad, referirse á cosas muy diferentes. Stumm y Eugenio

Richter, el partidario de la teoría del «patrón patriarca y señor absoluto» y el partidario de la «doctrina de Manchester» no han tenido ni un solo discípulo de importancia entre los intelectuales. Las acusaciones contra el capital y las simpatías por el proletariado—al menos por el proletariado explotado, ya que no por el proletariado militante—están de moda, y la frase de Harcourt: «Hoy todos somos socialistas», empieza á ser verdad para aquellas gentes. No es, en verdad, el socialismo proletario revolucionario, que profesan nuestros pintores y nuestros poetas, nuestros literatos y periodistas en los cafés, talleres y salones, sino una especie de socialismo que presenta gran analogía con el «verdadero socialismo» definido en el *Manifiesto comunista* de 1847.

¡Cuántas veces han declarado que no censuran en el Socialismo más que la brutalidad proletaria. Pero en realidad lo que les separa de él, no es el exterior del proletariado, sino su propia falta de perspicacia y de carácter. Aunque sobrepujan en perspicacia al capitalista ignorante, sin embargo no comprenden todavía la imposibilidad de salvar la sociedad existente y de retardar la victoria del proletariado; no comprenden su impotencia frente á la evolución social, ó no tienen bastante desinterés, fuerza y valor para reconocerlo y para romper con la sociedad burguesa.» (*Neue Zeit*, XIII, 2, páginas 75-77).

Hay muy pocos que se atrevan á romper y que puedan romper. No cabe duda que el proletariado tiene amigos fieles aun entre los intelectuales, pero en su mayor parte son partidarios inactivos que desean su victoria, pero que no pueden acudir en su auxilio más que cuando sea vencedor. No de-

be, pues, el proletariado contar con los esfuerzos de combatientes que procedan de las filas de los intelectuales; por el contrario, sólo encontrará en ellos encarnizados adversarios.

Estas ligeras observaciones bastan para demostrar que para el proletariado militante, la cuestión del aumento del número de intelectuales ofrece problemas muy importantes. Sería exagerado considerarlos á todos como proletarios, pero aún sería más equivocado el incluirlos en las filas de los poseedores. En el estrecho marco de esta clase encontramos reunidos todos los antagonismos sociales que caracterizan al régimen capitalista, pero en este microcosmo, lo mismo que en el conjunto del cuerpo social, vemos el elemento proletario que progresa.

Así quedaría destruída la última objeción que hace Bernstein á lo que él llama teoría marxista catastrófica.

El crecimiento de la nueva clase media es tan innegable como el aumento de bienestar físico de determinadas categorías de obreros. Pero ni uno ni otro de estos dos fenómenos está en contradicción con las doctrinas marxistas de la concentración del capital, de la explotación creciente del proletariado y de la acentuación de los antagonismos sociales.

El aumento del número de poseedores estaría, sin duda, en contradicción con la teoría catastrófica. Pero Bernstein no ha demostrado este aumento: las estadísticas, de acuerdo con la teoría, demuestran precisamente lo contrario.

h) La teoría de las crisis.

La teoría de las crisis económicas periódicas, comparada con las de la concentración del capital y de la acentuación de los contrastes sociales, resulta de naturaleza secundaria. Las crisis refuerzan el efecto de la evolución indicada, aceleran la concentración del capital, aumentan la masa de los proletarios y la inseguridad de su situación. Pero el resultado final de esta evolución no se modificaría si las crisis periódicas no estuviesen en relación íntima con el modo de producción capitalista.

Sin embargo, Bernstein no llega hasta sostenerlo con precisión. Ya hemos hecho notar que uno de sus artículos sobre el «Problema del Socialismo» criticaba la teoría de las crisis de un ilustre desconocido, según el cual resultaría el triunfo del Socialismo de una crisis universal próxima. Ni Marx ni Engels pretendieron jamás semejante cosa. No obstante, Bernstein ha publicado en su libro sobre *El Socialismo Teórico*, consideraciones deducidas de los artículos mencionados sin decir contra quién iban éstos originariamente dirigidos. No resulta muy clara la relación entre estas consideraciones y el examen del Socialismo teórico, y en vano se pregunta uno para qué sirve el demostrar que no sobrevendrá fatalmente una crisis universal en un período muy cercano, y que es muy posible que las crisis venideras tomen la forma de crisis particulares en ciertas ramas de la industria y en ciertos países. Sus efectos antes mencionados permanecen los mismos. Podríamos, pues, dar por

terminada esta discusión, tanto más cuanto que conocemos las dificultades que suscitaría, dificultades, para cuya solución necesitaríamos dedicar mayor tiempo y espacio del que podemos disponer en este momento.

Si á pesar de ello agregamos todavía algunas observaciones, es sólo para aclarar ciertas equivocadas interpretaciones acerca del capítulo sobre las crisis.

Algunos sabios han supuesto que Bernstein había pulverizado por completo la teoría marxista de las crisis al probar que no existe el ciclo de las crisis decenales.

Pero debemos hacer constar que el ciclo de las crisis decenales no es una *teoría* de Marx, sino un hecho admitido empíricamente. Hemos tenido grandes crisis industriales en 1815, 1825, 1836, 1847, 1857. Entonces ocurrieron las grandes guerras, la de Italia, la de Secesión americana, la danesa, la austroprusiana, la francoalemana. Desde entonces ha fallado la ley empírica y aproximativa del ciclo decenal. En 1873 ocurrió la gran crisis general, y una depresión de duración desusada de quince años. Por fin, hacia el año 1890 se produjo un nuevo impulso; luego, algunos años después, un período desfavorable al comercio en general con grandes crisis en algunas naciones; en 1890 en la República Argentina, en 1893 en los Estados Unidos, y desde hace tres años próximamente gozamos una era de prosperidad general. ¿Es el signo precursor de una nueva crisis ó el principio de una época duradera de felicidad capitalista sin mezcla?

La Bolsa se prepara ya para la próxima quiebra. Parécenos mucho más previsoros que algunos de de nuestros jóvenes socialistas, á los que basta un par

de años buenos para hacerles olvidar la experiencia de todo un siglo y las teorías que de ella han surgido. Es posible que algunos teóricos más ó menos socialistas consideren ya anticuada la teoría marxista de las crisis; pero las gentes prácticas, aunque burguesas, hacen cuentas sobre una crisis que esperan para dentro de algunos años.

Marx no ha *inventado* el ciclo de las crisis, lo ha *observado* y lo ha *dado á conocer*. Mucho tiempo antes que Bersntein se sabía que el ciclo ya no es decenal. Tampoco pretende que ha enseñado nada nuevo á los marxistas. La cuestión no es saber si las crisis se producen cada diez años, sino si se renuevan periódicamente.

Porque la crisis se debe á la manera de producir las mercancías. La producción de las mercancías es la producción por productores independientes unos de otros, en vista del mercado, es decir, de las necesidades variables de un número indeterminado de consumidores. El elemento regulador en este sistema de producción anarquista es el movimiento de los precios. Si se produce más de lo necesario para las necesidades del momento, bajan los precios. Si se produce menos, suben por encima de su nivel medio. La imposibilidad de vender las mercancías al precio de coste de fabricación, es, pues, un fenómeno fatalmente periódico de la producción para el mercado, y esta imposibilidad de vender al precio de coste es el origen de la crisis. Para que la crisis se produzca realmente, se necesitan ciertas condiciones que faltan al principio de la producción de las mercancías, y son creadas por la misma forma de producción capitalista. Ella es la que transforma cada vez más toda la producción en producción de mercancías, mientras que

antes la mayor parte de los objetos producidos servían para el uso personal del productor. Por la forma capitalista, la existencia económica de la gran mayoría de los miembros de la sociedad depende de la venta de las mercancías. Además, por los progresos de la división del trabajo y el desarrollo del crédito, la sociedad capitalista acrece de día en día la dependencia en que están recíprocamente los productores, de suerte que cualquier interrupción de la venta de mercancías en un punto, produce la de otras en otros puntos, que la crisis de una industria importante produce la paralización de todo el movimiento industrial y se convierte así en una calamidad para toda una nación y hasta para una serie de naciones.

Al mismo tiempo la forma de producción capitalista transforma el pequeño mercado fácil de vigilar y sin variación apenas en un inmenso mercado universal, sujeto constantemente á modificaciones muy difíciles de prever. Aumenta el número de intermediarios entre el productor y el consumidor, lo cual impide cada vez más que el productor vigile el mercado.

Simultáneamente crece la elasticidad de las fuerzas productoras de un modo prodigioso, gracias á la técnica científica moderna y al crédito, y sobre todo gracias al ejército de reserva de los industriales, ejército permanente bajo el régimen capitalista, y que en todo momento permite que progrese la producción á saltos.

Así es como todo aumento sensible de la demanda extiende rápidamente la producción mucho más allá de las necesidades. Este exceso de producción va seguido de una paralización en la venta, de una baja en los precios, de una limitación en la pro-

ducción, de numerosas quiebras, en una palabra, de una crisis.

Este movimiento va ligado á otro movimiento que no debe confundirse con el primero.

En oposición á toda otra forma de producción, la forma de producción capitalista no puede funcionar si no es á condición de extenderse siempre, porque el capital y el trabajo acrecen sin interrupción y muy rápidamente.

El crecimiento natural del proletariado está aún estimulado por la forma de producción capitalista. Entre los artesanos de la Edad Media, como entre los aldeanos, allí al menos donde la superficie de terreno disponible es limitada, se retrasa el aumento de la población por el hecho de que sólo el propietario de una explotación está en condiciones de fundar una familia y de mantenerla. El obrero que no trabaja por su cuenta carece de hogar propio, y generalmente vive en casa de su patrón ó de su amo. La forma de producción capitalista separa en todas partes el taller del hogar, hace posible la creación de un hogar, aun para el proletario, pero al mismo tiempo le impide el que espere á ser patrón á su vez para crear uno.

La forma de producción capitalista disuelve la familia, encierra á la mujer y al niño en el taller ó en la fábrica, concede muy pronto libertad al obrero joven; pero de tal modo agota sus fuerzas, que muy pronto también hace de él un inválido. El peón ó el jornalero agrícola se veían precisados á diferir su matrimonio hasta una edad bastante avanzada; debían esperar hasta que hubiesen economizado lo bastante para convertirse en patrón ó en arrendador; en la sociedad capitalista resultaría contraproducente, inútil y hasta poco razo-

nable, el que el asalariado retrasara su matrimonio, porque tiene menos probabilidades de alimentar una familia con su salario, cuanto más viejo sea. Y las mujeres de la clase proletaria se deciden á contraer matrimonio con tanta mayor facilidad, cuanto que ellas mismas ganan un jornal, y como los jóvenes y las muchachas adquieren muy pronto independencia desde el punto de vista económico, no consultan con sus padres, en tanto que en otros tiempos su papel en la conclusión de los matrimonios era más importante que el de los mismos interesados.

Indudablemente existen también otros factores en la sociedad capitalista que dificultan el aumento de la población, como la prostitución, por ejemplo. Sin embargo, en los grandes Estados industriales observamos un aumento rápido de la población. Así resulta en Alemania, en Inglaterra y en los Estados Unidos, donde verdad es que la inmigración contribuye á aquel movimiento, pero en proporción decreciente. La población se elevaba:

En el Imperio alemán en 1871 á 41.100.000, en 1895 á 52.200.000.

En Inglaterra y país de Gales en 1871 á 22.700.000, en 1896 á 30.700.000.

En los Estados Unidos en 1870 á 38.500.000, en 1897 á 72.200.000.

Se decía que esta progresión rápida exige un movimiento paralelo de la industria. Es verdad, pero por otra parte este rápido aumento de la población es una consecuencia del aumento constante del industrialismo capitalista.

Pero el número de obreros aumenta aún con más rapidez que la cifra total de la población. En

el Imperio alemán el número de gentes que trabajaban para vivir se elevaba en 1882 á 38,99 por 100 y en 1895 á 40,12 por 100. En el mismo lapso de tiempo la proporción de personas sin profesión pasaba de 55,08 á 53,15 por 100. En los Estados Unidos el número de personas que vivían de su industria se elevaba en 1880 á 34,68 por 100 de la población, y en 1890 á 36,31 por 100.

La misma evolución económica que produce este aumento de obreros, disminuye el número de los que pueden ser empleados con ayuda de un capital determinado, aumenta la cantidad y el valor de las máquinas y de las materias laborables para el mismo número de obreros. Si, pues, un mismo número ó un número mayor de obreros debe encontrar ocupación, el capital empleado en la producción debe crecer constante y rápidamente.

Y el capital no deja de hacerlo. Cuanto mayor es la productividad del trabajo, más numerosos son los obreros inhábiles y jóvenes y las mujeres, y cuanto más acrece la supervalía, más se multiplica el capital. Los capitalistas deben seguir fatalmente este movimiento, puesto que en cada rama de la industria se ve crecer cada vez más la suma mínima necesaria para que la explotación sostenga la concurrencia, y puesto que, cuanto más ardiente es la lucha de la concurrencia, más aumentan las probabilidades del gran capital y más disminuyen las del pequeño. Se ve, pues, que, en la sociedad capitalista, una constante extensión de las explotaciones y de la producción es condición vital no solamente para el asalariado, sino también para la clase de los capitalistas.

Pero la condición primera de la extensión de la producción es una extensión correspondiente del

mercado, el aumento, no de las necesidades físicas, condición que siempre se cumplirá, sino de la demanda económica de los productos de la producción capitalista que siempre tiende á rebajar el valor de lo que los trabajadores pueden cambiar, es decir, su fuerza de trabajo, de suerte que los trabajadores pueden comprar cantidades cada vez menores de lo que ellos mismos han producido.

La extensión constante del mercado es, pues, uno de los problemas más importantes del capitalismo industrial.

El mercado es de dos clases: mercado interior y mercado exterior. En los últimos tiempos, cuando se hablaba de la extensión del mercado, siempre se referían al mercado exterior. Pero Sombard hizo notar, con razón, la importancia que ha conservado el mercado interior. El odioso ataque contra el Partido Socialista con que acompañó sus consideraciones en la *Sociale Praxis* era, por lo demás, completamente superfluo.

Aquí hacemos abstracción de la exclusión de las industrias extranjeras en el mercado interior por medio de las tarifas protectoras. Este procedimiento sólo es una extensión de este mercado para la industria capitalista nacional y no para el conjunto de la industria universal.

Pero aún es posible extender el mercado interior para la industria capitalista por la supresión de la industria primitiva á domicilio; esta revolución económica hizo grandes progresos en el siglo pasado, pero hoy no está completamente acabada en ningún país, ni aun en el Imperio británico. Esta revolución está favorecida por la mejora de las vías de comunicación, sobre todo de los ferro-

carriles, cuya construcción es también de gran importancia para la industria capitalista.

Cuanto más ferrocarriles hay, más pronto se abandona el campo para ir á la ciudad, y se hacen nuevas edificaciones en ella. Y de esta manera aumenta la demanda de trabajo y de materiales.

El éxodo de los trabajadores del campo favorece, por otra parte, la introducción de máquinas agrícolas que producen una economía de tiempo y extienden así el mercado para la industria de las máquinas.

Las grandes modificaciones en la técnica son factores importantes en la constitución del mercado interior. Los progresos de la electrotécnica en los diez últimos años, que han hecho posibles los numerosos perfeccionamientos del alumbrado, de las comunicaciones, de la industria, de la agricultura, han contribuido poderosamente al actual impulso industrial.

También puede extenderse súbitamente el mercado interior por consecuencia de un rápido aumento de un metal precioso, aun cuando éste no se descubra en el país. Basta con que los propietarios de las minas de oro ó de plata habiten en aquel país. De la misma manera que el descubrimiento del oro en California y en Australia contribuyó poderosamente á dominar la crisis de 1847 y 1849, el descubrimiento del oro en el Africa austral ayudó á soportar la crisis de 1873-1887 y contribuye á la actual prosperidad.

El valor de la producción del oro se elevaba anualmente en millones de francos:

Desde 1831 á 1840.....	70,8
Desde 1841 á 1850.....	191
Desde 1851 á 1855.....	695,4
Desde 1856 á 1860.....	703,7

A partir de este momento bajó la producción. Desde 1881 á 1885 la media anual se elevaba á 540 millones de francos. En 1889 empezó de nuevo á crecer rápidamente:

1889.....	629,7	1894.....	920,6
1890.....	609,4	1895.....	1.017,4
1891.....	665,5	1896.....	1.035,3
1892.....	743,4	1897.....	1.201,3
1893.....	840,9	1898.....	1.530

Son los mismos métodos que extienden el mercado exterior: aumento de la producción de metales preciosos, mejoría y extensión de los medios de comunicación, construcción de barcos de vapor y de ferrocarriles, ruina de la pequeña industria primitiva, introducción de una nueva forma de producción, fundación de una gran industria en las regiones que quedaron atrasadas económicamente y que hace que vayan á ellas las máquinas de los grandes países industriales.

Desde 1891 á 1895 aumentó la longitud de los ferrocarriles en:

Alemania.....	en	6,8%	ó sea	2.989 km.
Francia.....	en	6,5	—	2.476 —
Bélgica.....	en	4,5	—	238 —
Gran Bretaña é Irlanda.....	en	3,5	—	1.161 —

Por otra parte:

Rusia.....	en	21,4	—	6.675 —
Asia.....	en	22,1	—	7.838 —
Africa.....	en	25,2	—	2.647 —

Las grandiosas construcciones de vías férreas en Siberia y en China en 1895 estaban iniciándose.

Sobre las ruinas de la pequeña industria primitiva se extiende, entre otras, el mercado de la *industria textil*. Por otra parte, la importancia de la *industria siderúrgica* proviene de la extensión y mejora de las vías de comunicación y del desarrollo de la gran industria en el extranjero.

Los dos movimientos aquí esbozados—el ciclo industrial, es decir, la alternativa de prosperidad, de crisis, de paralización y de renacimiento del comercio, por una parte, y por otra la necesidad apremiante de aumentar la producción y los mercados—se confunden y al parecer no son más que un solo movimiento.

Toda extensión importante del mercado estimula la producción, causa la superproducción y por consecuencia, la crisis. Inversamente, toda crisis desarrolla la apremiante necesidad de extender el mercado.

Pero para la evolución social, estos dos movimientos no tienen la misma significación. Las crisis favorecen el movimiento socialista acelerando la concentración de los capitales y aumentando la inseguridad de los proletarios, en una palabra, acentuando las causas que llevan á éstos hacia el Socialismo.

La necesidad de la extensión constante del mercado tiene, además, por consecuencia otro hecho importante; claro es que la forma de producción capitalista se hace imposible desde el momento en que el mercado no se extiende en la medida que la producción, es decir, desde que el exceso de producción se hace crónico.

Por necesidad histórica sólo entiende Bernstein

una situación coercitiva. He aquí una situación, de la cual, si se presenta, resultará inevitablemente el triunfo del Socialismo.

Se ha de llegar á tal situación *si la evolución económica continúa progresando como hasta aquí*, porque el mercado exterior, lo mismo que el interior, tiene sus límites, en tanto que la extensión de la producción es ilimitada. No se trata aquí de una frontera fija, inmutable—en la evolución económica jamás puede llegarse á semejante frontera—, sino de una frontera elástica reduciéndose constantemente. Jamás se llegará á un punto á partir del cual sea absolutamente imposible extender el mercado; pero la forma de producción capitalista llegará á ser insoportable no tan sólo para los proletarios, sino también para la masa de la población, en cuanto la posibilidad de la extensión del mercado no responda á las necesidades de extensión de la producción, que nacen del aumento de la población industrial, del crecimiento del capital, de los progresos de las ciencias aplicadas.

Pero cuanto más se eleva la proporción de la población que vive del trabajo asalariado, más rápidamente aumenta la población obrera; cuanto más aumentan la masa del capital y la intensidad de la explotación, más se agranda la masa de los beneficios acumulados anualmente; cuanto más se extiende la forma de producción capitalista, más se ensancha también el dominio de la ciencia moderna; cuanto mayor es el número de los intelectuales, más crecen los medios al servicio del espíritu de invención, y cuanto más se acelera también la transformación de la técnica, más aumenta la productividad del trabajo.

La rapidez con que crece la producción univer-

sal aumenta así constantemente. ¿Podrá el mercado internacional extenderse siempre en la misma proporción?

Para la gran industria capitalista que representa el primer papel en el mercado internacional, me refiero á la industria textil, ha llegado ya el tiempo de la superproducción crónica. El mercado se extiende todavía indudablemente, pero el número de concurrentes en el extranjero crece mucho más rápidamente.

Así es como la poderosa industria textil de Inglaterra ha entrado ya en un período de estancamiento. Ni aun el período de prosperidad en que nos hallamos le da ningún desarrollo apreciable. Las exportaciones del Reino Unido se elevaban en millones de libras esterlinas.

	1880	1885	1890	1895	1897
Hilcs de algodón.....	11,9	11,9	12,3	9,3	9,9
Tejidos de algodón. ..	63,7	55,1	62,1	54,5	54,0
TOTALES....	75,6	67,0	74,4	63,8	63,9

Lo mismo ocurre con la industria algodonera de los demás países de la Europa occidental, y sus mercados sólo aumentan trabajosamente.

En Alemania aumentó el número de obreros de la industria y del comercio, desde 1882 á 1895, en 40 por 100, mientras que el número de personas dedicadas á la industria textil no aumentaba más que 9 por 100.

No ocurre lo mismo en la industria siderúrgica. Si en Europa y en los Estados Unidos se paraliza la construcción de vías férreas, aún están faltas de ellas vastas extensiones en los países bárbaros ó semicivilizados, y la construcción de máquinas tie-

ne todavía á su disposición grandes regiones que se prestarán tanto más rápidamente á la introducción de la gran industria capitalista y á la explotación minera, cuanto que Europa y América tengan una enorme excedencia de capital que exportar y que aquellas regiones se liguen al mercado internacional por una estrecha red de vías férreas y de líneas de navegación.

En Alemania, mientras que el número de las personas dedicadas á la industria textil crecía tan sólo en un 9 por 100, en la industria metalúrgica aumentaba 39 por 100, y en la construcción de máquinas 64 por 100.

Pero por mucha importancia que tome la exportación de los capitales prestados, las regiones atrasadas no pueden pagar con esos capitales los productos que les envíen los países de gran industria. Por el contrario, aquellos capitales agravan la situación de estos países por los intereses que tienen que pagar. En pago de los productos industriales y de los intereses de los capitales exportados, estas regiones no pueden pagar al pronto si no con materias primeras, entre ellas, materias que ya produce la agricultura europea ó que reemplazan á productos de la agricultura europea. Y cuanto más perfectos son los medios de comunicación, más fácilmente toman aquellas materias primeras el camino de Europa, y más fáciles resulta substituir en nuestros mercados los productos europeos.

Y así es como al lado de la paralización ó de la crisis económica de la industria textil, crisis sólo interrumpida por cortos períodos de débil potencia, tenemos también la crisis de la agricultura y de las industrias agrícolas, azúcares, aguardientes etc.

Si la industria azucarera adquiere, sin embargo, una importancia artificial, no será menos terrible la quiebra final.

La industria metalúrgica—comprendiendo en ella la construcción de máquinas—es hoy la más importante de las industrias que trabaja para el mercado mundial, y gracias á ella el período en que nos encontramos ahora es un período de prosperidad. Pero el crecimiento de esta industria tendrá también un término; no digo una crisis pasajera, sino que igualmente llegará á la superproducción crónica y al estancamiento—siempre en la hipótesis de que la forma de producción capitalista continúe su evolución—, porque la industria metalúrgica se cava ella misma su fosa al exportar máquinas al extranjero.

Si ahora crea concurrentes á las industrias textiles y agrícolas, más ó menos pronto se las creará á sí propia, y no solamente satisfará las necesidades de sus países, sino que también producirá para el mercado internacional.

Casi parece que la extensión de la industria metalúrgica inglesa ha llegado ya á este límite con relación á Alemania y sobre todo á los Estados Unidos. El actual período de prosperidad no ha aumentado lo más mínimo la producción de hierro en Inglaterra.

Según el *Economist* de Londres (1.º de julio de 1899), se elevaba en toneladas:

	1906	1907	1908
Para la Gran Bretaña.	8.650.681	8.681.151	8.877.109
Para Alemania.....	6.372.575	6.864.405	7.215.927
Para los Estados Unidos.....	8.623.127	9.652.680	11.733.934

Según M. N. R. Lawson. (*Bankers Magazine*, agosto de 1889: «Tres años de expansión americana»), la producción de carriles de acero se elevaba en toneladas:

	Inglaterra.	Estados Unidos.
En 1897.....	921.131	1.644.520
En 1898.....	751.591	1.976.702

La producción total de acero Bessemer se elevaba en toneladas:

	Inglaterra.	Estados Unidos.
En 1897.....	1.884.155	5.475.315
En 1898.....	1.759.368	6.609.017

A pesar de las afirmaciones contrarias de los metalúrgicos ingleses, Lawson ve en estas cifras muy tristes presagios para la industria siderúrgica en Inglaterra.

Cuando la industria metalúrgica de los grandes países industriales llegue adonde han llegado hoy la industria textil y la agricultura inglesas, tendrá un término la facultad de expansión de la producción capitalista, y por lo mismo se verá gravemente amenazada su vitalidad.

Ese día puede llegar en un plazo muy cercano, si hemos de juzgar por la rapidez con que los Estados Unidos, el Japón y Rusia han desarrollado su gran industria. Ha bastado á los Estados Unidos una generación para crear una industria capaz hoy de luchar victoriosamente contra las industrias inglesa y alemana.

Hagamos notar, sin embargo, que el demostrar que la superproducción llega á ser crónica é irremediable, no es profetizar que muy pronto ha de sobrevenir una enorme crisis universal, un incen-

dio universal de donde brote la sociedad socialista triunfante como nuevo fénix que renace de sus cenizas.

Esta superproducción crónica acaso tenga un proceso tardío. No sabemos cómo ni cuándo ocurrirá. Y hasta reconocería de buen grado que puede dudarse de su realización tanto más fácilmente cuanto más rápida sea la marcha del movimiento social. La superproducción crónica irremediable representa el límite extremo más allá del cual no puede subsistir ya el régimen capitalista; pero otras causas pueden hacerle sucumbir antes. Hemos visto que la concepción materialista, al lado de la *necesidad* económica, admite otros factores de la evolución social, factores que se explican por las condiciones económicas, pero que son de naturaleza moral y espiritual, y que agrupamos bajo la fórmula de «lucha de clases». La lucha de clases del proletariado puede ocasionar la caída de la forma de producción capitalista antes de que llegue ésta al período de descomposición. Si el demostrar que la superproducción se hará crónica no es predecir la gran crisis universal, tampoco es profetizar que el régimen capitalista acabará de esta ó de la otra manera. Pero es importante aquella indicación, porque al fijar un término extremo á la duración de la sociedad capitalista actual, se hace salir al Socialismo de las regiones nebulosas en que tantos socialistas le creen, nos aproximamos á él, y le convertimos en un objeto político tangible, necesario. Ya no se trata de un sueño que se realizará acaso dentro de quinientos años, ó que acaso no se realizará nunca.

Ya he indicado los principales puntos sobre los cuales conviene llamar la atención cuando se ex-

plican las relaciones entre las crisis económicas y el Socialismo.

Pero Bernstein no se ocupa precisamente de aquellos diferentes puntos, limitándose casi á refutar la fantasía absolutamente sin importancia de la crisis universal.

Suscita la cuestión de saber «si la enorme extensión territorial del mercado internacional, unida á la extraordinaria reducción del tiempo necesario á las comunicaciones y al transporte, no ha multiplicado hasta tal punto la posibilidad de *compensar* las perturbaciones, y si la riqueza enormemente acumulada de los Estados industriales de Europa, unida á la elasticidad del crédito moderno y á la institución de los carteles industriales, no ha disminuído hasta tal punto la *fuerza retroactiva* de las perturbaciones locales ó particulares, que en plazo bastante considerable las crisis comerciales generales, del modelo de las anteriores crisis, resulten improbables».

Hoy no puede saberse cuál será la naturaleza de las crisis próximas. Es muy probable que en muchos puntos presenten un carácter diferente de las precedentes. Pero la cuestión no es esa. Se trata de saber si el efecto de las crisis futuras sobre el proletariado y las clases medias, será el mismo que el de las pasadas, y nada hace prever lo contrario. Por otra parte, no alcanzo á comprender por qué la extensión del mercado internacional y del crédito, como el aumento de la riqueza de los Estados industriales, puedan prevenir las crisis. No se trata aquí de «la fuerza retroactiva de las perturbaciones locales ó particulares», sino de la superproducción general. Cuanto más rápidos sean los transportes y la transmisión de noticias, más pron-